

**GOSBY**

**C. A. ORTEGA**



Título original: Gosby  
©2017 C. A. Ortega

Diseño de cubierta: C. A. Ortega  
Imagen de portada: Pixabay

ISBN-13: 978-1976341786  
ISBN-10: 1976341787  
Registro:1709163529227

Todos los derechos reservados. Toda forma de reproducción, distribución, o transformación total o parcial de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares.

Se puede acceder a más información sobre el contenido en  
[www.caortega.com](http://www.caortega.com)

Dedicado a un amor platónico de juventud.  
Para ti.



## ÍNDICE

<b>ÍNDICE</b>	<b>7</b>
<b>PRÓLOGO</b>	<b>9</b>
<b>1ª PARTE: EL ENCUENTRO</b>	<b>15</b>
<b>2ª PARTE: EL PARAISO</b>	<b>71</b>
<b>3ª PARTE: LOS AMIGOS</b>	<b>151</b>
<b>4ª PARTE: TORMENTA EN EL PARAISO</b>	<b>229</b>
<b>5º PARTE: UN ÁNGEL CAIDO</b>	<b>277</b>
<b>6º PARTE: LA VIDA SIGUE</b>	<b>307</b>
<b>EPÍLOGO</b>	<b>355</b>
<b>NOTA DE LA AUTORA</b>	<b>359</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>361</b>



## PRÓLOGO

Mahón, 25 de diciembre de 1985

Eran las nueve de la mañana cuando Marc se acercó al árbol colocado en el gran salón de la casa cuna donde vivía. Era un abeto que habían decorado entre todos, con los clásicos aros de papel pintados con lápices de colores: exactamente igual que las dos Navidades anteriores. Con solo ocho años, ya tenía claro que aquellas Navidades las cosas no iban a cambiar. Se acercó al árbol con resignación, buscó un paquete con su nombre y echó un vistazo para ver si encontraba, ya de paso, el de su hermana. Los localizó sin problemas, cogió ambos paquetes y se dirigió a la esquina donde sabía que la encontraría.

Ya llevaban dos años allí metidos y su hermana Mariona, de cuatro años, se pasaba la mitad del tiempo sentada en aquel rincón. Al principio Marc intentó que Mariona saliese de allí y jugase un poco con los niños de su edad, pero hacía tiempo que había dejado de intentarlo; era como si su hermana encontrase en aquella esquina la protección que nadie más conseguía aportarle.

En realidad, aquello no estaba tan mal. La casa cuna la llevaban unas monjas franciscanas a las que alguien había donado una antigua villa solariega. A Marc le parecía una casa de ensueño. Salía al jardín y miraba la casona roja con sus ventanales blancos, y se dedicaba a fantasear con que vivía con una familia rica en aquel lugar de película; aunque el sueño no podía estar más alejado de la realidad.

Por dentro, la casa estaba bastante deteriorada. Todavía conservaba su escalera señorial, pero estaba llena de carcoma y crujía al subir a las habitaciones. El resto del primer piso lo conformaban la cocina, un comedor con una gran mesa en el mismo estado que la escalera y un montón de sillas y banquetas de materiales diversos que utilizaban para todo.



Lo mejor de la casa eran los ventanales llenos de vidrieras de colores que en las horas centrales del día conseguían que la habitación se convirtiese en un caleidoscopio gigante; entreteniéndolo a los más pequeños durante horas. Bueno, a todos menos a su hermana que, ocurriese lo que ocurriese, no se separaba de su rincón ni cuando la obligaban. Las monjas, ya cansadas de tenerla sentada en el suelo, decidieron un buen día colocar una banqueta en aquel lugar y, en ese preciso instante, Marc supo que a su hermana la habían dado por perdida.

Al comienzo, Marc pensó que Mariona se adaptaría al lugar, como más o menos había hecho él, pero ya hacía tiempo que había aceptado que aquello no iba a ocurrir. Día tras día, la veía allí sentada como un animal herido con el dedo metido en la boca buscando un consuelo en las paredes que estas no iban a ofrecerle. Se le cayó el alma a los pies al darse cuenta que las cosas no iban a mejorar para ellos en un largo período de tiempo.

Aquellos pensamientos le dejaron paralizado con los regalos a medio camino entre el árbol y su hermana y apartó la mirada para evitar tanto dolor. Notó algo moverse al otro lado de la estancia y vio cómo una monja se le acercaba desde el otro lado con cara de resignación.

—Sor Alicia —saludó Marc al ver a la hermana acercarse.

—Dime, hijo. —Le regaló la mejor de sus sonrisas pasándole la mano por el rostro como muestra de cariño.

—¿Sabe si vendrá mi madre este año?

Marc ya no lo preguntaba por él, pero sabía que su hermana podría dar un cambio radical si entrase su madre por la puerta.

—No lo sé cariño, pero hace ya tiempo que no la vemos por aquí, así que quizás tampoco venga hoy. —Sor Alicia se agachó para ponerse a la altura de Marc—. Ya sabes que el que no pueda venir no significa que no os quiera. Os quiere mucho, pero hay veces que la vida de los mayores se complica demasiado y no pueden estar cerca de los seres queridos.

A Marc aquello le olía cada vez más a chamusquina. Llevaba escuchando la misma historia desde que llegó allí y estaba claro que ya no se la creía. Tras la muerte de su padre hacía más de dos años, su madre los dejó allí tirados y solo había ido a visitarlos en un par de ocasiones.

Después de aquello, ya no volvieron a saber más de ella. Lo peor era que Mariona únicamente había salido de su estado de abstracción en aquellas dos ocasiones. Después de la última visita, nadie había conseguido que la alegría volviese a sus ojos. Todos habían hecho esfuerzos para que saliese de aquella esquina y se quitase el dedo de la boca, pero nadie lo había conseguido. Su hermana se había convertido en una niña triste que vagaba por la casa cuna y solo buscaba rincones en los que refugiarse.

Giró la cabeza, como para comprobar si seguía en el mismo lugar de siempre y, al verla en la misma posición con el dedo metido en la boca, tuvo ganas de quemar el árbol y salir corriendo de allí para no volver jamás. Había fracasado en su labor como hermano mayor y eso no se lo podía perdonar a sí mismo; seguro que su padre estaba decepcionado con él, allá donde estuviese.

Marc vio a Sor Alicia alzar la vista hacia Mariona y un halo de tristeza cruzó el semblante de la monja. La mujer sacudió la cabeza como para deshacerse de aquella sensación, lo cogió de la mano, agarró uno de los regalos y se encaminó hacia su hermana pequeña.

—Vamos, cariño, vamos con Mariona a ver qué regalos os ha dejado Diosito debajo del árbol.

Marc sabía que, otro año más, dentro del dichoso paquete había un estuche de pinturas para su hermana y un triste bloc de dibujo para él. Diosito no lo estaba haciendo demasiado bien con ellos.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Santander, 25 de diciembre de 1985

Caterina se despertó a las siete y media de la mañana dando saltos de alegría, como solo las niñas de seis años y medio pueden dar la mañana de Navidad.

Se frotó los ojazos verdes que tenía con energía, se quitó las ondas castañas que le caían de la cara —siempre llevaba el pelo alborotado a pesar de la insistencia y el empeño de su madre— y se acomodó el camisón rosa de la Bella Durmiente que llevaba puesto. El camisón había sido el regalo de Papá Noel el año anterior y le quedaba un poco corto de mangas, pero a ella no le importaba.

La noche anterior cuando su madre estaba la mar de liada con la cena, se escabulló hacia su cuarto, se quitó el traje con leotardos a

juego que le habían obligado a ponerse y se vistió con su camisón; era su ropa preferida y quería que toda la familia la viese con sus vestido de princesa. Su madre le echó una buena bronca al verla aparecer en la cena vestida con aquello, pero no consiguió que volviese a ponerse el vestido verde que le habían comprado para la ocasión de ninguna de las maneras.

Caterina había estado toda la noche revolviéndose en la cama, esperando la llegada de Papá Noel y, por fin, había llegado el momento de ver qué regalos le había dejado. Solo de pensarlo volvió a dar otro salto de alegría en la cama aplaudiendo sin poder controlarse, aunque sabía que a su padre no le gustaba el ruido.

Se lanzó desde la cama de forma temeraria, aterrizó en la misma puerta de su cuarto y salió disparada hacia el salón olvidando las zapatillas —zapatillas que su madre tanto insistía en que llevase puestas— al lado de la cómoda. Bajó corriendo las escaleras en dirección al salón y, al pasar por la habitación de sus padres, soltó un grito de «mamáaaa» para poder despertarla sin tener que hacer un alto en el camino.

Abrió la puerta corredera del salón y no pudo creer lo que vio. Debajo del árbol había decenas de paquetes de tamaños y colores imaginables, y todos con su nombre. Estaba tan abrumada que no sabía ni por cuál empezar. Se quedó allí pasmada con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja hasta que escuchó a su madre bostezar detrás de ella.

—Cat, cariño, no te quedes ahí plantada. Mira —la alentó a que se lanzase a abrir el primer regalo—, abre ese que tienes más cerca.

Caterina se abalanzó sobre el primer paquete que encontró a su paso y rompió el envoltorio descubriendo que contenía una maravillosa consola de videojuegos que llevaba pidiendo ya tres meses. Comenzó a dar saltos de alegría mientras gritaba: «¡Lo que yo quería! ¡lo que yo quería!».

Así empezó el ritual navideño en casa de los Baldi aquellas Navidades. Caterina fue abriendo uno por uno los paquetes, confirmando que Papá Noel no se había olvidado de nada: la consola de videojuegos llegó acompañada de un par de juegos y una pistola para matar marcianitos, también encontró un par de juegos de mesa y un rompecabezas de perritos que no dudaría en comenzar en cuanto pudiese. En uno de los paquetes encontró un jersey rosa de angora y

un par de zapatos a juego con un conjunto de guantes y bufanda súper calentitos.

Tras pasarse una hora abriendo paquetes sin parar, frenó en seco, miró a su alrededor y frunció el ceño; los regalos no eran tan numerosos como otros años.

Su madre leyó los pensamientos que cruzaban por su mente y, con una sonrisa maliciosa, por fin abrió la boca.

—Caterina, todavía no has visto el mejor —le dijo con los ojos abiertos de par en par para darle énfasis a la buena nueva.

Caterina se puso a dar saltos de alegría al saber que todavía le quedaba la mejor sorpresa por abrir.

—Mamá, ¿dime qué es? ¿Dime qué es?

—Tendrás que subir a nuestro dormitorio para averiguarlo.— Acabó diciendo con cara de pillina—. Pero cuidado no despiertes a papá.

Caterina no tardó ni medio segundo en dar un salto y salir corriendo escaleras arriba hacia el cuarto de sus padres a ver qué misterioso objeto escondía.

Nada más entrar, notó que la habitación olía raro. Miró por el suelo y no encontró ningún paquete. Alzó la mirada sin comprender y fue cuando algo captó su atención sobre la cama; allí, acurrucado al lado de su padre, había un precioso cachorrito con el pelo lanoso dormido como un ceporro.

Caterina, que no se lo podía creer, se abalanzó sobre su padre dando gritos de alegría mientras cogía a su cachorrito entre los brazos y llamaba a su madre para que fuese corriendo.

Su padre no dudó en taparse con las mantas hasta arriba para no tener que soportar aquellos chillidos un día festivo a las ocho y media de la mañana, mientras su hija seguía gritando sin piedad en el cuarto.

Aquellas Navidades trajeron a Caterina su mayor tesoro; una perrita de aguas, a manchas negras y blancas, a la que llamaría Nela.



**PRIMERA PARTE**  
**EL ENCUENTRO**



# 1

Menorca, 1 de julio de 2002

Me di cuenta de que me sudaban las manos, aunque no era de extrañar con el calor que hacía en la isla. Sin embargo, tenía que reconocer que el sudor frío que me recorría la espalda no se debía solo a la temperatura ambiental; era el primer día de entrenamiento y estaba un poco alterada, por decirlo de forma suave. Para empeorar la situación, Gosby, mi compañero en aquella aventura, andaba también algo confuso y no hacía más que pegarse a mí buscando seguridad; lo que me generaba más calor si cabía.

Habíamos practicado unas cuantas veces el ejercicio que íbamos a realizar aquel día, pero había ocasiones que mi perro las liaba un poco, así que tendría que rezar para que todo saliese según lo esperado y ofrecer una buena impresión el primer día de clase.

Gosby y yo habíamos viajado desde Santander a Menorca para pasar el verano en la primera Escuela de Salvamento Acuático con perro que se acababa de abrir en España. Nuestro objetivo era pasar allí tres meses y conseguir pasar las pruebas con matrícula de honor para poder elegir así Santander como destino, y volver a casa como el primer equipo de salvamento acuático de Cantabria.

En aquel momento, estábamos todos los participantes creando una barrera frente a la orilla; se podía sentir la tensión en el ambiente. Nadie quitaba los ojos del horizonte esperando a ver cuándo nos darían el pistoletazo de salida para comenzar la primera maniobra. Miré de reojo a mis compañeros y vi cómo la mayoría tenían los músculos contraídos, los perros bien sujetos por el arnés y en posición de salida a punto de saltar a la mínima indicación. Los había conocido esa misma mañana y parecían buena gente. Lo malo era que, de quince participantes, todos eran hombres excepto una chica llamada



Nina y yo. Bueno, aquello tampoco tenía por qué ser una tragedia, pero no hubiese estado nada mal equilibrar un poco la balanza.

Nos encontrábamos en una cala preciosa cerca de Mahón llamada Farrel. Cuando la vi por primera vez el día anterior, comprendí perfectamente por qué habían elegido esa localización para montar la Escuela. Estaba a diez minutos escasos andando desde el hotel donde nos alojábamos mis compañeros y yo. La cala, además, se adentraba de forma significativa en tierra firme: un lugar ideal para no tener que suspender las prácticas en caso de que hubiese marejadilla.

La arena de la cala era muy parecida a la de Santander, muy fina y de una textura nada arcillosa, pero el entorno era mucho más rural. A ambos lados de la pequeña cala había superficie arbolada para que los perros se relajasen a la sombra, y al fondo de la misma se encontraba el pueblo de Farrel con un complejo hotelero nada desdeñable. En el mismo pueblo, frente a nuestro hotel, había una playa mucho más grande a la que iban la mayoría de los turistas; pero también estaba mucho más concurrida y trabajar allí con los perros hubiese sido prácticamente imposible.

Recuperé la concentración, puse una mano sobre los ojos para ver qué había captado mi atención y comprobé que se acercaba una de las lanchas que nos ayudaría en el transcurso de la prueba.

Un par de minutos después de aparecer la embarcación, se escuchó un primer silbato y la lancha paró el motor. El pitido hizo que a los perros se les erizase el pelo de la nuca e incluso que algunos comenzasen a ladrar de excitación. La lancha tardó un poco en estabilizarse y, nada más hacerlo, se escuchó un segundo pitido; lo que parecía ser una mujer con traje de neopreno saltó al mar sin demasiado entusiasmo y nada más sacar la cabeza, la chica comenzó a sacudir los brazos pidiendo ayuda con pocas ganas. Tampoco hay que darle todo el primer día, pensé.

Tensé los músculos para prepararme, me coloqué la coleta detrás de los hombros y clavé la vista en el monitor: un chico bastante guapo llamado Mikel que habíamos conocido el día anterior. El entrenador no estaba nada mal, era el típico chico de playa, atlético, con un bañador tipo bermuda granate y una camiseta blanca. Tenía un tono de piel moreno conseguido con miles de horas al sol, el pelo desteñido por el salitre del mar y unos dientes blancos que destacaban sobre su piel bronceada. El chico apuntaba maneras.

Se llevó el silbato a los labios, agarré el arnés de Gosby y comencé a susurrarle palabras de aliento para incitarlo a salir corriendo a la primera orden que nos diesen.

Mikel me echó una mirada de reojo, yo le respondí con un gesto afirmativo de cabeza y soltó un silbido prolongado con el silbato para dar la señal de salida.

Nada más escuchar la orden, me acerqué corriendo a la orilla y animé a mi compañero a que se lanzase al agua para salvar a la mujer que seguía agitando los brazos. Gosby tocó el agua con las patas delanteras, dio un ladrido de excitación que resonó en lo más profundo de mi oído y salió disparado en busca de la mujer.

—*Go, chico, go*—le alenté a seguir.

La chica del agua puso cara de preocupación al ver cómo un perrazo color chocolate de cuarenta kilos se le acercaba nadando a toda velocidad y aquel gesto me confirmó que a la pobre la habían engañado para hacer de figurante aquel día. El problema era que yo no estaba demasiado segura de que todo fuese a salir a las mil maravillas. Aquel era un ejercicio algo delicado; el perro debía llegar a nado hasta la figurante, cogerle la mano con la boca (de la forma más delicada posible) y tirar de ella hasta la orilla. Gosby no llevaba demasiado bien el control de la mordida, así que rezaba que fuese cuidadoso y no se quedase con la mano de la chica en la boca o estaríamos fuera del programa casi antes de empezar.

Desde la playa yo no paraba de animar a Gosby para que siguiese así —imaginé que la prueba iba según lo previsto al no escuchar ningún alarido por parte de la figurante—. Y así, sin prisa pero sin pausa, el perro fue siguiendo mis indicaciones hasta llegar a la playa.

La chica tocó la arena y yo me lancé hacia Gosby loca de alegría para darle unas palmaditas de aliento y un par de golosinas que el perro no dudó en degustar con satisfacción.

La segunda parte del ejercicio me tocaba a mí, así que dejé a Gosby con su premio y fui a acomodar a la supuesta ahogada en la arena. Le coloqué la cabeza con el mentón hacia arriba y comencé con las compresiones torácicas para el simulacro de reanimación. A las treinta compresiones, le agarré la cabeza, le tapé la nariz e hice como que le insuflaba aire en los pulmones bajo el escrutinio de quince personas mirando atentamente a menos de un metro de distancia.

Por fortuna, unos minutos después, sonó el silbato de fin de maniobra, lo que hizo que dejase sola en el suelo a la pobre chica y

me abalancé sobre Gosby dando grititos de alegría. Gosby, que no necesitaba mucho para contagiarse de mi energía, comenzó a mover el rabo y a sacudirse de alegría mojando a los que tenía alrededor; la cosa acabó con Gosby tomando impulso y posando sus patotas sobre mi pecho para lamerme con su enorme lengua toda la cara; me puso de babas hasta arriba.

Aquello iba en contra de las reglas más básicas de educación, pero la prueba había salido tan bien que no me importó dar el espectáculo delante de mis compañeros.

—Muy bien —nos señaló Mikel con cara de pocos amigos por el espectáculo que acabábamos de montar—. Si seguís manteniendo este ritmo, acabaréis de los primeros de la promoción. Pero comportaos, por Dios, que se note el trabajo tanto dentro como fuera del agua.

## 2

Eran las seis de la tarde y ya no podía ni mover un dedo; estaba rota. Las jornadas de prácticas con los perros estaban siendo tremendas y el calor que estaba soportando Menorca aquel verano no estaba ayudando en la tarea. Gosby y yo estábamos acostumbrados al trabajo duro, pero no a ese ritmo tan intenso, ni a esas temperaturas. Llevaba en Menorca solo tres días y ya me dolían todos los músculos del cuerpo y, por la cara de disgusto de Gosby, diría que él estaba igual o peor que yo.

En aquel momento, Gosby y yo nos encontrábamos en la habitación del hotel. Había subido después de comer para llamar a mi madre — le gustaba tener noticias frescas a diario, así que aprovechaba las horas muertas para darle el parte— y refrescarme un poco.

Colgué el teléfono y Gosby se acercó a mí para darme unos golpecitos en la pierna con el morro; aquello significaba que ya estaba tardando en sacar la comida. Dejé el teléfono sobre la cama, le di dos palmaditas en el pecho para que supiese que lo había pillado y le llené el cuenco de comida hasta arriba. Antes de que pudiese ponerle agua fresca, Gosby ya se había acabado la ración de pienso y se dirigía a su cama satisfecho. Me di cuenta de que no tenía muchas ganas de moverse, así que, cuando acabé de organizarlo todo, lo dejé en la *suite* con el aire acondicionado —se merecía un descanso en un ambiente agradable— y me fui a tirarme a la sombra de un buen árbol junto a la piscina.

Si hubiese estado sola, seguro que me habría quedado con Gosby en la habitación a echar la siesta; pero no estaba sola en la isla. Mis dos mejores amigas habían decidido posponer sus vacaciones al Caribe y acompañarme los primeros quince días del verano para no perder la costumbre de pasar juntas las vacaciones. El inconveniente de viajar acompañada era que el tiempo que mis compañeros se dedicaban a descansar, yo me lo pasaba paseando con Isa y Susana

por la playa o saliendo a tomar algo a las terrazas del puerto. Y para ser franca, las salidas me estaban dejando exhausta. Tendría que poner todo de mí para no morir de agotamiento en las primeras semanas de instrucción.

Salí por la puerta hacia el jardín y, sin tan siquiera mirar, me dirigí al lugar más alejado de la piscina; sabía que allí encontraría a mis amigas achicharrándose bajo el sol.

—Isa, anda, déjame un sitio que has puesto todas tus cosas en mi hamaca —le pedí haciéndome la ofendida al ver cómo había colocado un millón de trastos en la tumbona que tenía reservada para mí.

—Joder con la niña mimada esta que no es capaz ni de apartar tres cosas para sentarse. Tía, no seas tan petarda y tíralas al suelo.

—Lo que tú digas. —Giré la hamaca y dejé caer con un gesto teatral todas las pertenencias de mi amiga.

Aquello les hizo una gracia inusual y rompieron en una carcajada como si fuese lo más divertido del mundo; estaba claro que tanto mojito les estaba perturbando.

Me quité los pantalones cortos que llevaba, la camiseta *Adidas* a juego y, tras dejar las prendas en la cabecera de la hamaca, extendí la toalla y me tumbé a la sombra a ver si mis músculos se recuperaban del duro entrenamiento.

—Oye, Cat, cuánto has tardado, ¿no? —preguntó Susana frunciendo el ceño.

—He aprovechado para llamar a mi madre y contarle las novedades —confesé sin hacerle demasiado caso.

—Anda, calla, que no se puede ser tan buena hija. No se va a morir por no saber nada de ti en una semana.

—Cómo se nota que no la conoces —le respondí sin apenas mirarla.

—Y vosotras, ¿qué habéis hecho...

En ese momento Isa nos cortó al ver que se acercaba un camarero con una bandeja llena de bebidas para un grupo de ingleses que teníamos al lado.

—Chicas, me muero de sed, ¿queréis algo?

—¡Buena idea! Yo un refresco de naranja —dijo Susana.

—Joe, chicas, qué poca imaginación, tenemos cócteles incluidos con la pulserita *gold*. —Agitó Isa su muñeca con la cinta dorada bien visible.

—Anda, Isa, déjate de líos, que hoy me han machacado en las pruebas y mañana me toca contrarreloj de natación. No quiero ni pensar lo que puede ser hacerlo con resaca —dije pensando que ya me dolía medio cuerpo y todavía casi no había comenzado el entrenamiento verdadero.

Isa, haciendo caso omiso de mis palabras, llamó por señas al camarero que se giró hacia nosotras con cara de pocos amigos.

—¿Sí? —Se dirigió a Isa sin demasiada ilusión.

Ya había visto a aquel chico el día antes en la piscina, pero no me había fijado mucho en él. Era un chaval extremadamente flaco, de unos veinticinco años, con el pelo moreno alborotado, cayéndole en la cara, y una mueca extraña en la boca que no le favorecía demasiado. Pero lo más insólito en él era que llevaba una camisa de manga larga que lo tenía que estar matando de calor.

—¿Podrías traernos tres mojitos?

—Claro, señorita, sin problema —contestó dándose media vuelta hacia la barra.

—Espera —grité de forma brusca. Aquello de estar acostumbrada a dar órdenes a los perros, a veces me hacía parecer una maleducada.

—¿Sí? —Se dio la vuelta y me clavó la mirada para dejarme claro que no tenía ganas de aguantar tonterías.

—Para mí un *Aquarius*, por favor —contesté en un tono mucho más bajo, tocándome nerviosa la coleta.

Tenía una mirada demasiado dura para aquella situación. Ni siquiera cuando quité la vista, aquellos ojos marrones bajaron la intensidad. Se quedaron clavados en mi persona como si nada, lo que me pareció una eternidad.

—Lo que usted diga, señorita.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se fue a la barra a traernos las consumiciones.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Isa—. ¿Qué coño ha sido eso?

La miré sin entender.

—¿El qué?

—A mí no me ha mirado así ni de coña. Llevo tres días en esta piscina pidiéndole bebidas como si no hubiese un mañana y creo que todavía no se ha dignado a mirarme a la cara, y vas tú y te come con los ojos.

—Isa, cada vez estás peor de la cabeza, creo que te ha dado una buena insolación hoy. Todos —remarqué bien la palabra— se derriten por tus huesos, no creo que esta ocasión sea diferente.

—Ayer, Susana y yo estuvimos estudiando detenidamente al camarero. —Dejó pasar mi comentario para señalar al camarero mientras preparaba las consumiciones en el chiringuito de la piscina—. ¿No te parece un poco extraño, con el calor que hace, que siempre lleve manga larga?

—Y yo qué sé —le contesté—. Igual es política del hotel, ¿no? —Elevé los brazos dando a entender que no lo tenía claro,—De eso nada, guapa —entró Susana en la conversación para ofrecer más detalles—. El resto van con un polo azul de manga corta, la mar de fresquitos.

Rompí a reír por la cara de Sherlock que había puesto mi amiga e Isa contagiada explotó en carcajadas; cómo se notaba que estábamos de vacaciones.

Nada más ver que el chico volvía con las bebidas, nos callamos de golpe e intentamos disimular mirando hacia todas partes. Por su cara de pocos amigos daba la impresión de que nos echaría las consumiciones directamente por la cabeza.

Llegó a nuestro lado y, al ver que nadie le hacía caso, dejó los refrescos de Isa y Susana en las mesitas auxiliares de sus tumbonas. Seguido se acercó a mí, alargó el brazo con mi consumición y lo dejó allí extendido esperando a que cogiese el vaso directamente de su mano.

Tras un momento incómodo, dejando al hombre con el brazo allí extendido, alargué el brazo y cogí la bebida sin atreverme a levantar la mirada. Y allí me quedé petrificada como una boba, con los dedos sobre el vaso, mientras el camarero lo seguía asiendo con fuerza. Este, al ver que yo no arrancaba, soltó el vaso con fastidio, se dio media vuelta y se marchó acompañado por el estallido de risas incontroladas de las bobas de mis amigas.

—Anda, dejad ya de hacer el tonto. —Les tiré la ropa que tenía puesta de almohada—. Tengo que pasar aquí los próximos tres meses y no quiero dar la nota desde el minuto cero.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc volvió a la barra del bar y escuchó risas tras de sí. Aquellas niñas eran idiotas. Iban de vacaciones y se creían las diosas del mundo. Nada cambiaba, verano tras verano, tenía que soportarlas sin remedio. Necesitaba el trabajo para poder llegar a fin de mes y lo aguantaba por eso, pero algún día terminaría por tirarle a alguna cliente la consumición en la cara y se vengaría por todas aquellas pijas de buena cuna que tenía que atender temporada tras temporada.

La que sí le había llamado la atención era aquella chica tan peculiar que le había pedido un *Aquarius*. Era preciosa. Cuando vio aquellos ojos felinos, se quedó como hipnotizado y no pudo apartar la mirada de ella. Era una chica fibrosa sin muchas curvas, pero tenía unos grandes ojos color esmeralda que quitaban el sentido. El tono castaño claro de su pelo hacía juego con aquel enigmático color e intensificada más si cabía el efecto de su mirada. Se había fijado también que llevaba el pelo recogido en una coleta alta que no paraba de tocarse incómoda como si estuviese fuera de lugar.

No la había visto nunca por la piscina y no sabía la razón, pero parecía distinta a las demás; parecía cansada. No era normal entre las clientes tener cara de haberse pegado un madrugón. El único esfuerzo que hacían durante su estancia era levantar la mano para pedir una consumición tras otra.

De repente se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se sacudió todos aquellos pensamientos; una de las reglas del hotel era no liarse con clientes, así que lo mejor sería dejarse de líos y conservar el puesto de trabajo. Además, todas las niñas que iban al hotel eran unas estúpidas; aquella, por muchos ojos verdes que tuviese, no tenía por qué ser diferente.



